

domingo 28 de octubre de 1979

unomásuno

Sobre programa

Esperando la acción

Miguel Angel Granados Chapa

Si el PRI es un partido que hace *política*, si ésta es el arte de lo *posible* y por lo tanto suponemos que en el programa de acción reformado el viernes 26 no se inscribió sólo lo *deseable*; y si por otro lado el propio Presidente de la República reitera que el programa de su partido lo es también de su gobierno, tendremos razones para admitir que estamos en vísperas de reformas económicas sustanciales.

En efecto, la conclusión número 18 de las 52 que fueron incorporadas al documento mencionado, determina que el partido impulse al Estado para que "consolide el conjunto de empresas que actualmente pertenecen al sector público y *rescate de la iniciativa privada aquellas directamente vinculadas con las necesidades vitales del pueblo y el desarrollo económico independiente de la nación*". (*Las cursivas son nuestras*).

Esta acción, que deberán realizar el partido y el gobierno, pues uno y otro adquirieron compromisos públicos para hacerlo, es congruente con la afirmación, contenida en la exposición de motivos de las proposiciones para modificar el programa, según la cual "el modelo de crecimiento basado en la acumulación de capital privado no es la opción para un desarrollo con justicia social".

Tales intenciones y reconocimientos encierran una doble consecuencia. Por una parte, dan una nueva, contundente idea de la magnitud de la crisis económica por la que pasamos: cuando ya ni el PRI, tradicionalmente ufano de que vivimos en el mejor de los mundos posibles, puede rehusarse a formular peticiones como las anotadas, suscritas mucho antes por aquellos a quienes el mismo partido sataniza, es que realmente la lumbre está llegándonos a los aparejos. Saberlo y admitirlo así es condición sin la cual resulta imposible emprender siquiera la búsqueda de las soluciones.

Estas se anuncian también, aunque con vaguedad. Definirlas y adoptarlas sería la segunda consecuencia de estos planteamientos. Una fórmula religiosa antigua nos da una aproximación adecuada a la determinación de las "necesidades vitales": se invocaba, en el catolicismo popular mexicano, a "la Divina Providencia, que nos asiste en todo momento para que nunca nos falte casa, vestido y sustento". Ciertamente, no habrá quién discuta que la comida, el abrigo y la vivienda son los satisfactores de esas "necesidades vitales" aludidas por el PRI. La aplicación de una lógica formal y elemental nos lleva a concluir que el PRI quiere la nacionalización de las industrias respectivas: la alimentaria, la del vestido y la de la construcción.

Mayores dificultades habría para definir cuáles empresas están "directamente vinculadas con... el desarrollo económico independiente de la nación". Podríamos imaginar, entre las industrias, la siderúrgica, o la química, o la papelera (puesto que la generación de energéticos y su distribución ya están hoy en manos estatales); o el comercio exterior, o algunos transportes o, si los medimos por el efecto colonizador que causan, contrario al "desarrollo económico independien-

te", los medios de difusión electrónica, mercantiles. ¿A cuáles exactamente se refiere el programa de acción del PRI? ¿Sabremos de una mayor precisión sobre el tema en breve tiempo, por ejemplo cuando se presenten las iniciativas de ley que sean del caso, para convertir en acciones legislativas estos enunciados de un programa político?

Creemos que no hay otra interpretación posible a los párrafos de dicho programa que hemos reproducido. A menos que se trate de un acto de irresponsabilidad grave, de demagogia extrema, aprobado el programa por la X Asamblea del partido, y hecho suyo unos minutos después por el titular del Poder Ejecutivo, los ciudadanos tenemos derecho a esperar que se obre para ponerlo en práctica.

De lo contrario se provocarán importantes consecuencias. La principal de ellas es que la situación social económica, cuya gravedad reconocida está implícita en la proposición de las medidas descritas, empeorará hasta grados y límites que alterarán la paz social.

La segunda, más inmediata, es que el partido gubernamental, y el gobierno mismo, perderán aún más credibilidad. Y la tercera, ínfima pero real, es que los defensores del sistema no tendrían cara para reprochar a sus impugnadores su escepticismo constante y creciente.

Que la parsimonia y el desdén con que los círculos propietarios de este país observan el ir y venir del partido no sea indicativo de que en el programa de acción sólo se han escrito palabras. Como ocurre con capas de la población cada vez mayores, los propietarios tampoco creen en lo que el partido y el gobierno dicen, cuando se trata de amenazar verbalmente sus intereses. Es preciso que esta vez se equivoquen. Es preciso que, por una vez, sean ellos los ingenuos y no nosotros.